

CARNICERÍA EN NILAND
& JELL



Julián Aguirre S.

1910-40 SIN TÍTULO

Carnicería En Niland & Jell

I

Los gritos hacían eco en los interminables pasillos... El temor guiaba su tumultuoso cauce a través de la madera que recubría el piso... Risas retorcidas intentaban desesperadamente aferrarse a sus sombras, y, seguramente, a sus cuerpos... Jorge viró ágilmente hacia la derecha. En seguida, un grito alertó a Marta, su esposa: <<¡la cocina! ¡la cocina!>>. Quizá él esperaba que la dulce mujer tomara los grandes y afilados cuchillos y se enfrentara a lo que la penumbra albergaba. La mujer, con la adrenalina recorriendo todo su cuerpo, daba cara a lo más profundo del pasillo. Sosteniendo con ambas manos la hoja que podría devenir en su salvación, la aterrada Marta susurraba a su pequeño hijo que todo estará bien. En el rostro de Samuel —cabello largo color castaño, rasgos finos, ojos verdosos, seis años— relucía la inquietud, su llanto reflejaba la tristeza y el desconsuelo más absolutos que únicamente un niño puede generar. Sus diminutas manos intentaban acatar las órdenes de su madre; una se aferraba al pantalón de ella y la otra acallaba su adorable boca.

Los sollozos de Samuel invocaron a su padre: << cálmate, estamos juntos y estamos bien >>. Jorge se arrodilló, limpió sus lágrimas y le sonrió. Marta dio un suspiro y cayó rendida al suelo. Las estruendosas risas se perdían en el aire, hasta por fin desaparecer. La noche estaba cayendo en el olvido del día, y parecía que la familia había sobrevivido a otra pesadilla.

El reloj sonaba su clásico tono. Siendo las 6:20 am la familia debe despertar. La primera persona en levantarse es Marta, como es costumbre. Jorge aún puede gozar de otros diez valiosos minutos de placer en

Carnicería En Niland & Jell

su cálida cama, todavía faltan dos horas para que se presente en el colegio Niccolo Tartini, y tres para que inicie su cátedra de la historia del arte.

—Samuel —dijo Marta, sentada en la cama de su hijo.

—¿Tan pronto me tengo que levantar? —se frotó su rostro.

—Sí, cariño. Recuerda que eres un niño muy inteligente y tienes que sacar excelentes notas. En una hora deberás estar en tu escuela —sonrió.

La idílica familia se disponía a compartir el desayuno. Marta es la primera en tomar asiento, luego Samuel y Jorge. Éste último devora con voraz apetito el huevo frito, el pan y el queso, habitual desayuno de la familia Crerí. Sus miradas se cruzaban y hablaban sobre el día con absoluta apacibilidad como cualquier familia corriente; la esencia de que haya ocurrido una persecución la noche anterior era nula en el aire y en sus mentes.

—¿Cómo te ha estado yendo en la escuela, Emma? —preguntó Jorge.

—¡Muy bien, papá! —sonríe—. Mi maestra Paty me ha felicitado por mis pinturas. Hoy iremos a las afueras del pueblo para pintar paisajes.

—Espero que me traigas una pintura muy bonita —participó Marta, guiñó su ojo.

—Pero para hacer la pintura —repuso Jorge— debes asistir a la escuela, y el autobús está a punto de llegar.

El pequeño Samuel tomó su maleta y corrió hacia la puerta del autobús. Sus padres lo despedían desde la puerta de la casa, él respondía sonriendo desde la ventana de su asiento.

La familia Crerí parecía olvidar por completo lo sucedido la noche anterior; quizás sabían que había sido una pesadilla y era inapropiado reavivar el tema recién el día comenzaba, o quizás ninguno recordaba haber estado cerca de la muerte... Ambas suposiciones están bien, son apropiadas y apegadas a lo que alguna familia corriente pensaría si se enfrentan a un sueño así, pero, la historia que nos cita hoy es acerca de la familia Crerí, y estas suposiciones son nulas si se trata de ellos. No era una pesadilla de la cual no desearan hablar, o una laguna en los recuerdos; los habitantes de la casa verde 2702, a mitad de la calle Caldas, poseían una historia interesante que hoy se desempolvará para ustedes, queridos lectores.

Corría el año 2013 —siete años atrás—, la dulce Marta era sorprendida por una noticia que desde hacía tiempo esperaba: por fin estaba embarazada. Sus lágrimas rebosaron sus cuencas, su sonrisa era absoluta y su felicidad contagiosa. Ella colgó el teléfono y caminó emocionada hacia el cuarto, donde su amado aguardaba.

—¡Jorge! ¡Serás padre!

—¿Es en serio?! ¡Oh, por Dios! —dijo el entusiasmado hombre.

—¿Qué será? ¿Niña? ¿Niña? ¡Cómo lo llamaremos!

—Cálmate, querida Marta. Apenas confirmamos que estás en embarazo. ¿Te parece bien si vamos a cenar? Tenemos que celebrar que otro hijo está en camino, ¡y quizá este niño sí pueda vivir! —sonrió.

—¡Sí! Tienes razón, Jorge —añadió—. Iré a acicalarme y en seguida saldremos.

La extrema emoción de ser madre permeaba a Marta, de nuevo. Su exagerada alegría era comprensible y compartida, no todos los días se es madre; bueno, realmente cada mes se hace madre...

Marta expresaba su felicidad con su mirada, al igual que Jorge. La pequeña familia Crerí saldría de su nido hacia la oscuridad de la noche, yendo por la calle Caldas hasta la intersección con la calle Macarena, donde un afamado restaurante los esperaba con los brazos abiertos.

—Mi amor, hoy ha de ser una noche espléndida para nosotros —dijo el esposo.

—Claro que sí, Jorge. Las tinieblas nos arroparán, pero debemos apresurarnos —guiñó su zarco ojo.

La noche se mostraba bastante fría, la intensa neblina acordonaba el auto nuevo de los Crerí. Su trayecto debería durar unos veinte minutos suponiendo que el tráfico estuviera ligero y apto para una buena velocidad. La pareja parecía disfrutar de su estadía juntos, siempre una salida juntos había sido un disfrute indescriptible, especialmente desde que se casaron, hace exactamente un año. Los recién casados acababan de adquirir su actual casa; el último peso lo dio Mata, cuyo exhaustivo trabajo como secretaria del alcalde de la ciudad, César, le permitió cumplir el sueño —junto a Jorge— de la casa propia. La pareja irradiaba el más puro amor de recién casados, la relación no parecía debilitarse en ningún momento, hasta que arribó la noticia de la llegada del pequeño Martín,

Carnicería En Niland & Jell

el primero de sus hijos... Solamente fueron necesarios seis días para que llegara el renombrado momento... aquel momento en el que el matrimonio cayó en depresión. La noche en la que se conoció la venida de Martín un glamuroso restaurante abrió sus puertas: *Niland & Jell*, el primer establecimiento de esta aclamada franquicia internacional en esta región. Efectivamente, ese restaurante es el que los Crerí visitarán esta noche de regocijo.

El espléndido restaurante se encontraba a sólo un minuto, el tráfico había sido generoso. Jorge pensaba en el plato que cenaría, Marta pensaba en el nombre para su criatura en gestación, la alegría permanecía completa en la bendecida mujer.

—Tengan buena noche, Señor y señora —dijo el agraciado aparcacoches—. ¿Me permite la llave del auto?

—Cúidalo bien, por favor, y toma este dinero —Jorge lo puso en su bolsillo frontal y sonrió—

Marta tomó a su esposo del brazo e ingresaron al restaurante. La fila era interminable, pero siempre había cierto privilegio del cual gozaban los Crerí; siempre había una mesa disponible para su esperada visita...

—¡Jorge! ¡Marta! —se escucha una voz lejana.

—¡Fausto, amigo mío! —replicó Jorge.

—Marta, tu belleza te resplandece la noche de hoy —besó su femenina mano—. Sé que desean cenar. Por favor, sigan por este lugar, saben que nunca deberían hacer fila en este restaurante, ¡*Niland & Jell* es su casa!

Pasando en frente de la pequeña fuente de diorita pulida se encontraba la mesa de los Crerí, aquella que siempre estaba disponible. Las paredes del lugar daban testimonio de la opulenta procedencia del dueño de dicha franquicia, de la cual Fausto es gerente. La atmósfera que contenía el aroma de la exquisita carne recordaba a la preciosa ilustración, rodeada de clase, status, sus empleados lucían como verdaderos catedráticos, amos de una mente magnífica. Tan pronto los esposos tomaron asiento un mesero tomó su orden; el pedido era el de siempre, invariado por Jorge desde la primera vez que pisó este suelo de mármol.

—¿Cómo han estado? —preguntó Fausto a la pareja.

—Bastante bien, querido —respondió Marta—. Jorge y yo tenemos que darte una gran noticia.

—¡Claro! —interrumpió Jorge—. Esta noche recibimos la noticia de que seremos padres, Fausto. ¿Te imaginas que esta vez pueda nacer?

—¡Oh, es una gran noticia! —repuso Fausto—. Ciertamente, nuestro deseo es que nazca el pequeño que Marta alberga en su vientre; sin embargo, tenemos que esperar y ver qué sucede en una semana —sonrió—. Iré a apurar su pedido.

El suculento filete arribó a la mesa 18, donde los hambrientos esposos aguardaban. Las pupilas de Jorge rápidamente se dilataron y tomaron una tonalidad levemente grisácea. Por otro lado, Marta, salivaba y repasaba sus labios con la lengua, de izquierda a derecha... Cinco minutos fueron suficientes para que la cena terminara y satisficiera al par, ahora se disponían a ir a casa.

—¿Ya se retiran? —preguntó Fausto.

—Sí, amigo mío. Marta y yo decidimos seguir la celebración en otro lugar —dijo Jorge—. Le agradecemos su servicio y el de sus empleados. Espero volver a vernos pronto.

—Tengo la certeza de que en unos días nos veremos... —asintió.

El aparcacoches devolvió la llave a Jorge, con un gesto de agradecimiento dejaron en predio. Los esposos pensaban que era demasiado temprano como para ir a casa; ¿qué había de interesante en casa? Nada. Sus planes nocturnos los guiarían a otro sitio, cualquier lugar que les obsequiara tranquilidad necesaria para asumir que un nuevo —potencialmente— Crerí llegaría. Los pensamientos divagaban en el auto, los enamorados se perdían en sus palabras... Este despiste los condujo hasta las afueras de la ciudad; era tarde, pero no importaba porque ambos deseaban que la noche perdurara en sus suspiros, a lo largo de la niebla que arropaba la carretera. El pavimento se abría paso en un frondoso bosque que devenía en el cerro que amurallaba el oriente de la ciudad: habían llegado.

El auto fue aparcado junto al cartel que daba la bienvenida a la hermosa ciudad. Marta y Jorge tendieron una sábana sobre una pequeña elevación de césped, se tomaron de la mano y reposaron. El paisaje mostraba a unos esposos que pasaban la noche juntos, mirando al cielo y preguntándose si será niña o niño; si nacerá o será arrebatado de ellos...

Carnicería En Niland & Jell

Este no era un momento oportuno para responder estas dudas: el momento llegaría en unos días. Hasta entonces, Jorge podría seguir disfrutando de acariciar el vientre de Marta mientras sueñan con el futuro.

Amaneció, la pareja estuvo toda la noche soñando sobre la sábana, pero no durmió; por lo menos gozaron con vislumbrar el cambio de la oscuridad a la luz, pero ahora debían marcharse a casa, el amanecer en el cerro era peligroso. Jorge recogió la sábana y Marta las pertenencias. Extrañamente apuraban más la ida a mitad de la mañana que la venida a medianoche. Sus rostros enseñaban cierto nerviosismo que atolondraba la conducción de Jorge, parecía que su mirada flotaba incontrolablemente. Cada dos minutos Marta le recordaba la hora a su esposo, haciendo que el pobre hombre lidiara con una presión mayor. Para fortuna de ellos, todos los semáforos iluminaban el verde y el tráfico era inexistente. La desolación más absoluta acompañaba su viaje.

Habiendo pasado quince minutos los esposos llegaron a casa. Rápidamente dieron ingreso a la residencia y el alivio los permeó; sus miradas retornaron a la normalidad, así como sus escabrosos semblantes, causando la impresión de que ninguna razón les había causado apuros; la frialdad de ambos inquietaba, provocaba dudas acerca de la veracidad de su agitada carrera desde el cerro hasta la casa. Los enamorados sonrieron, se tomaron de la mano, caminaron hacia a habitación, se hicieron hueco en la cama y cerraron sus apesadumbrados párpados. La luz del sol inundó el cuarto, el calor matutino los abrazaba... Así estaba transcurriendo el primer día después de la noticia, el segundo día con el conocimiento de que, posiblemente, serían padres; ahora sólo quedaba esperar este y cuatro días más. Por ahora, el descanso era necesario, mucho más para marta, quien —a juzgar por su sonrisa— se encontraba soñando...

—¿Quién eres, pequeña? —preguntó Marta a la niña que jugaba en la arena.

—Mi nombre es Elena, señora —balbuceó la niña.

—¿Qué haces aquí, Elena? ¿No ves que es peligroso estar sola?

—Lo sé, señora, pero estoy esperando a mi hermano.

—¿Tu hermano tardará? Podría hacerte compañía mientras él regresa —la pequeña asintió—. Cuéntame, ¿dónde están tus padres?

—Nunca conocí a mis padres —una lágrima se derramó de su zarco ojo—, toda mi vida he estado con mi hermano.

—¿Toda tu vida has estado en esta isla? —preguntó Marta, con voz nerviosa.

—Así es, señora. Sólo conozco este lugar.

—¿No te asusta estar aquí? Podría llevarte conmigo, Elena.

—No, gracias, señora. Fui forzada a nacer en esta isla, la soledad me arrojó y a mi hermano también. Mire —señaló hacia el mar—, ahí viene mi hermano.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Marta al niño que se aproximaba.

—Mi nombre es Martín —respondió a manera insípida.

—Mi nombre es Marta. He estado hablando con tu hermana, me preocupa que dos niños vaguen en un lugar inhóspito como este; me gustaría que ustedes vinieran a mi casa.

—¿Al 2702 de la calle Caldas? —dijo Martín—. No, le agradezco. Monstruos despreciables habitan ese tártaro. Elena y yo nos quedaremos en esta isla: aquí nacimos y aquí moriremos.

Marta despertó de un sobresalto, los niños la habían expulsado del sueño. Su esposo también despertó, completamente asustado. Ambos se tomaron de las manos para tranquilizarse, lo cual dio resultado rápidamente. Su agitado pulso volvió a la normalidad, tal como si nada hubiera sucedido... La hora de cenar había llegado, Jorge ya estaba llamando a una pizzería cercana, hoy comerían una pizza napolitana, la favorita de Marta. A lo largo de la noche ella no pareció sentir algún tipo de incomodidad a causa del horripilante sueño al que fue arrastrada; no era una fecha especial como el día de la madre, ¿por qué este sueño este día y no otro? No es necesario reunirse en un parque o centro comercial, pero hay mejores lugares para que una madre se reúna con sus hijos... Martín, el primer hijo del matrimonio Crerí, murió en el vientre seis días después de que se conociera su existencia, algo que evidentemente dejó un intenso dolor en la pareja. Después de la muerte del pequeño, sin siquiera saber el sexo del mismo, Marta y Jorge optaron por llamarlo Martín; claramente es extraño, pero la culpa lleva a las personas a hacer cosas de este tipo. El nombre lo tomaron de un viejo libro de Luis, el padre de Jorge; la elección no fue precisamente exhaustiva, simplemente —en mitad de su pena— tomaron el primer nombre que vieron y se lo adjudicaron a su pequeño no nato. La tristeza se tomó completamente el protagonismo, el dolor parecía imposible de superar para la familia, hasta que,

Carnicería En Niland & Jell

al acabo de tres semanas, fueron sorprendidos con que de nuevo tendrían la fortuna de ser padres. La felicidad retornó a la familia Crerí, quienes acudieron a su restaurante favorito para celebrar la noticia: *Niland & Jell*.

—¡Fausto! —dijo Jorge entusiasmado.

—¡Familia Crerí! ¿A qué debo su visita hoy? No nos veíamos desde el mes pasado.

—Mi querido Fausto —repuso Marta—, recibí la noticia de que seremos padres. Jorge y yo pensamos en venir a celebrar a nuestro restaurante favorito.

—Excelente decisión. Me alegro por ustedes y por su bebé. Sigán, su mesa los espera —lanzó una pícara sonrisa.

La velada transcurrió con éxito. Seis días después, el vientre de Marta presenciaba una nueva muerte... ¡El intenso dolor de perder a su hijo acosaba a Marta! El desconsuelo bañó a los esposos... el dolor más grande es perder a un hijo, pero, la pérdida de un par producía una impiedad que quemaba sus corazones hasta volverlos carbón. Las lágrimas daban crédito del dolor por el que atravesaban. Jorge, en medio de la desolación, tomó el libro de nombres, lo abrieron y anotaron el primer nombre que vieron: <<¡una bebé ha fallecido, cuyo nombre será Elena!>> pensó la abatida pareja.

Marta, en su sueño, había podido compartir un corto tiempo con sus dos primeros hijos, un encuentro extraño que dejó muchas dudas y ninguna respuesta. La vida debía seguir para los Crerí; lo mejor era lavarse las manos y prepararse para comer la pizza que recién había llegado a casa. Marta descendió a la cocina, donde encontró a Jorge cortando y sirviendo las porciones que cenarían, el restante lo dejarían para el desayuno del día siguiente. Jorge abrazó a su esposa por la espalda, con sus manos acariciaba el vientre de la mujer y susurraba en su oreja izquierda las frases más adorables y alentadoras que cualquier persona pudiera intentar imaginar; entre esta cursilería había una frase que provocaba un suspiro encantador en Marta, la misma frase que tres años atrás provocó el inicio de esta historia: ***tu belleza es más grande que el universo, y los sentimientos que me provocas son más diversos que los planetas***. Marta era una apasionada por el cosmos y todo lo relacionado a éste; a una frase únicamente parece linda ella le dio un mayor significado, sólo le bastó con intentar imaginar el ominoso tamaño del universo, y, al no poder

hacerlo, supo que Jorge era quien ella buscaba. Ninguno de los dos imaginaba que ese día soleado —tres años atrás— en el Parque Nacional, los compañeros de último semestre, quienes compartían una materia de historia, avanzarían en la relación para dejar la amistad y adentrarse en el noviazgo. El ferviente amor de Jorge por el arte y sus recurrentes regalos —canciones, manuscritos, pinturas— cautivaron a Marta, quien enamoró con su belleza e inteligencia a quien sería su esposo.

—Amor —dijo Jorge con la piza en la mano—, ¿crees que será hombre o mujer?

—Creo que será hombre, su vibración en el vientre me recuerda a la que sentí con Martín, muy diferente a la de Elena, pero ahora mismo su género es lo que menor importancia tiene para mí. Lo que más anhelo en el mundo—repuso mientras Jorge secaba sus lágrimas— es ver que mi hijo sale de mí, Jorge. ¡Estoy cansada de ilusionarme para que luego el bebé se disuelva en mi vientre!

—Yo también anhelo eso para nosotros, Marta. No hay noche en la que no acuda a mí una imagen de nosotros y nuestro hijo, caminando por la playa mientras jugamos como una familia... Este tormento duele, creer que seremos padres, intentarlo una y otra vez hasta el punto de pensar que es totalmente inútil, y aun así estar forzaos a intentarlo. Marta, mírame —tomó delicadamente su rostro—, tengo razones para creer que este pequeño de tu vientre nacerá y nos acompañará.

—Espero que lo que dices se cumpla, amado mío. La angustia que me devasta es insoportable. ¡Deseo que nazca, vivo o muerto!

Estas palabras en boca de una madre son inimaginables, el dolor que ésta posee ha de ser inenarrable... A pesar de la temprana hora, los esposos se hallaban somnolientos y deseosos de dormir para el siguiente día ir a su trabajo. Los rostros de la pareja lucían espléndidos, immaculados y sin algún tipo de expresión que no reflejara alegría. Jorge besó la frente de Marta, dando por terminado el extraño día.

Es incierto lo que esas mentes guarnecían, sus pensamientos son el único lugar donde ellos pueden ser como realmente son o se imaginan; es decisión de ellos dejar que el mundo conozca o crea que conoce lo que ellos realmente son. Marta y Jorge tendrían una noche apacible y suficientes horas de sueño para no estar cansados en el trabajo.

